

ha venido para salvar lo que se había perdido» (San Marcos); «*velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir»*.

Los elementos: /viene en nombre de.../, /hijo del hombre/, /ha de venir.../ forman las propiedades particulares del referente y el texto de Vallejo traduce o declara esas propiedades atendiendo a un doble criterio: el de la reflexión lingüística y el de la autorreferencia poética, que es también reflexión, reflejándose constantemente en sí misma la escritura vallejana. Es así como *venir en nombre de*, tantas veces repetido por los evangelistas, define literalmente, y con toda propiedad el tipo de vocablo llamado *pro-nombre*, y Cristo tanto es pro-nombre de Dios como Hijo del Hombre, Hijo del *animal* que bajo su cola le crió y engendró. En consecuencia, la tercera persona le da a la primera algo que está completamente terminado y ya no tiene vigencia ni validez:

*Acaba de darme lo que está acabado,
el calor del fuego y el pronombre inmenso
que el animal crio bajo su cola.*

Hacer de «pronombre inmenso» el significante poético y metonímico —relacionado con la función lingüística del nombre y de su sustituto— de la función esencial de Cristo, implica un trabajo de condensación y transposición del continente bíblico-evangélico cifrado en un sintagma enigmáticamente luminoso. En los versos del discurso vallejiano late aún la voz de San Juan:

Testigos de Cristo:

43 *Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís...*

Jesús, el pan de vida:

38 *Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.*

A donde yo voy, vosotros no podéis venir.

28 *Les dijo pues Jesús: Cuando hayáis levantado la Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo.*

Y la simpatía del Yo para con la tercera persona es la que une a las dos víctimas de un destino impuesto, ineluctable, destino forjado y deseado en ambos casos por el p/Padre.

Nadie mejor que Fray Luis de León (*op. cit.*, p. 166-167) supo aplicar una prosa sublime al *Nombre* y a aquel que venía en nombre del Nombre:

/de Dios/ Pero así nos está presente que en esta vida nunca nos es presente.

Quiero dezir que está presente y junto con nuestro ser, pero muy lexos de nuestra vida y del conocimiento claro que nuestro entendimiento apetece. Por lo qual convino, o por mejor dezir, fue necessario, que entre tanto que andamos peregrinos dél en estas tierras de lágrimas, ya que no se nos manifiesta *ni se junta con nuestra alma su cara*, tuviésemos en lugar della, en la boca, *algún nombre y palabra*, y en el entendimiento, alguna *figura suya*, como quiera que ella sea imperfecta y escura, y como San Pablo llama, *enigmática*. Porque *quando bolare desta cárcel de tierra en que agora nuestra alma, presa, trabaja y affana (...), él por sí y sin medio de otra tercera imagen estará junto a la vista del alma; y no será entonces su nombre otro que él mismo en la forma y manera que fuere visto; y cada uno le nombrará con todo lo que viere y conociere dél, esto es, con el mismo EL, así y de la misma manera como le conociere...*

Y finalmente, *este nombre secreto* que dice San Juan, y *el nombre con que entonces nombremos a Dios, será todo aquello que entonces en nuestra alma será Dios...*

A la luz de todo cuanto acabamos de observar, nuestra conclusión provisional será la siguiente:

El poema de Vallejo repite seis veces (¿las últimas siete palabras de Cristo vueltas a lo moderno, a lo poético y en primera persona vallejana?) el fracaso del mensaje bíblico-evangélico: la venida del Reino de Dios en la tierra no ha tenido lugar, y el «pronombre inmenso» de Dios, su Hijo, no hace más que acabar de pasar. Aunque los verbos niegan la trascendencia aspectual (*sin haber venido*), aunque el deíctico *más acá* la niega también, así como la disyunción cuerpo/alma, aunque no se da el paso de la inmanencia a la trascendencia, por no llegar a coincidir primera y tercera persona, hemos contraído la ley de la inmanencia en lo que toca a la cuestión del nombre. El cómo significan los nombres nos ha incitado a practicar una lectura del poema que trascienda su inmanencia y busque, en palabras *habitadas*, el contexto que las nutre, iluminando su sentido.

Sin embargo, de ninguna manera puede considerarse la lectura que se acaba de hacer como satisfactoria: hartó más dificultosa es la lectura inmanente del poema, y mientras no se haya intentado, no se habrá respetado la opacidad de la letra y su significancia.

V.— *Los poderes de la literalidad*

La lectura que se acaba de proponer se funda en la hipótesis de una heterogeneidad radical entre primera y tercera persona: al Yo que habla en nombre propio y que habla de *el que*, se opone pues, el proscrito, identificable como *el día del Señor* (San Pablo) encarnado definitivamente en la persona del *Hijo*. El poema constata el fallo de la profecía mesiánica y el no cumplimiento del advenimiento del Reino de Dios entre los hombres. Tal fallo también tiene un valor performativo: la interpretación fundada en el fracaso del mensaje de las Escrituras, es tan ineficiente, tan ilusoria como la promesa defraudada. Comprender la impotencia del mito cristiano es comprender también la insuficiencia de la lectura fundada en el mito cristiano. Es éste otro aspecto de lo que llamamos «arsenal del trabajo»: expresar la frustración es hacer de la frustración uno de los motores activos de la construcción del sentido, de modo que el lector se sienta realmente frustrado en el momento en que acaba de «entender» el poema: creyendo él haber llegado al «espíritu» del texto, se da cuenta de que se le escapa la «letra».

La letra del poema está henchida de palabras que pertenecen a las Escrituras sagradas, pero entre las Escrituras y el poema media nada más que la escritura vallejana en su conjunto y en sus manifestaciones más decisivas. Un texto, clasificado entre los *Poemas en prosa*, pero en verso, puede servir como vínculo trans-textual entre ambos Testamentos y el poema «Acaba de pasar el que vendrá...». El mismo poema enlaza a la primera persona con la tercera, permitiendo que se averigüe la posible identificación entre ambas personas y el desdoblamiento de la primera en agente, expresado por morfemas de primera persona, y en objeto de su propio discurso, expresado por morfemas de tercera persona.

Se trata del poema «Lomo de las sagradas escrituras» cuyo título ya implica la «vallejiación» de los Libros sagrados:

Sin haberlo advertido jamás exceso por turismo
y sin agencias
de pecho en pecho hacia la madre unánime.

Hasta París ahora *vengo a ser hijo*. Escucha
Hombre, *en verdad te digo que eres el Hijo Eterno*,
pues para ser hermano tus brazos son escasamente iguales,
y tu malicia para ser padre, es mucha.

La talla de mi madre moviéndome por índole de movimiento
y poniéndome serio, *me llega exactamente al corazón*:
pensando cuanto cayera de vuelo con mis tristes abuelos,
mi madre me oye en diámetro callándose en altura.

Mi metro está midiendo ya dos metros,
mis huesos concuerdan en género y en número
y el verbo encarnado habita entre nosotros
y el verbo encarnado habita al hundirse en el baño,
*un alto grado de perfección.*¹⁴

El poema construye una triple identificación, que se ha de tener en cuenta simultáneamente cuando se lee «Acaba de pasar...:» sabiendo que Cristo es el Hijo eterno y el Verbo encarnado, afirmando el poema que el Hombre es el Hijo eterno, y que el Yo poético adviene o viene a ser hijo, cada hombre es un Cristo, y el YO que es hombre es también un Cristo. El último poemario *España, aparta de mí este cáliz*, opera la misma identificación. El discurso poético vallejiado no se limita a proclamar la triple identidad (fundada en el mismo destino mortal impuesto) entre el Yo, el hombre y Cristo, sino que la pone en obra, y no sólo hace de ella lo que *dice* el texto sino también lo que obra, lo que *hace*. A la triple identificación en efecto, se adjunta una red de relaciones de tipo metonímico entre los tres seres, un intercambio libre y recíproco de particularidades y propiedades, ya que estas últimas si pertenecen a uno de los tres, también son de cada uno. Esas propiedades, regidas igualmente por el orden metonímico, existen de por sí, pero sobre todo evocan y nombran infaliblemente la totalidad del ser que caracterizan parcialmente, por una de sus particularidades. Por ejemplo, en el caso que nos interesa, la expresión *el que vino en un asno* designa directamente la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, y por metonimia a Jesús, así caracterizado por un episodio de su vida. Pero la poética de Vallejo establece una identidad entre Jesús y el hombre en general, ser crístico por excelencia; si la tercera persona del poema designa a un ser ajeno a la persona que está hablando, esa tercera persona puede nombrar a cualquier individuo, objeto del discurso de la primera; este individuo, cualquier-

¹⁴ El primer verso del poema plantea un problema que está aún por resolver: «Sin haberlo advertido jamás exceso por turismo», con la palabra exceso, que si bien es sustantivo, también podría suponerse que funciona como un verbo, un neologismo verbal, algo forzado, fundado en un juego de vocablos. Ya que el poema declara globalmente que el poeta ha venido a París a cumplir su destino mortal de Hijo eterno, condenado por el Padre que le dio la vida para tomársela de nuevo, podríase pensar que la forma exceso funciona como primera persona de un hipotético e inaudito ex-cesar, paronímico de ex-César, que en presente de indicativo, conjugaría el estarse muriendo incesante, el irse saliendo poco a poco de los límites de su ser, nombrado César, en un viajar continuo e inexorable de «turismo sin agencias». No estoy nada convencida de la validez de mi sugestión, y confieso mi total impotencia frente al verso citado.

ra que pueda ser, es un Cristo, por haber nacido para morir; en consecuencia, *el que vino en un asno* no significa que este individuo cualquiera haya llegado efectivamente en un asno: sólo significa que, siendo él mismo un Cristo, cualquier elemento que haya pertenecido a Jesús o a un episodio de su vida, le puede definir perfectamente con tal que se tenga presente en la memoria el discurso vallejiano en su conjunto, con tal que se mantenga la premisa de la identidad: Hombre = Cristo, y con tal que se aplique la dinámica del motor metonímico, sólo capaz de hacer que se fusionen elementos en apariencia heterogéneos y sin vínculo inmediatamente perceptible.

En primera lectura, pues *el que* es Jesús, y el poema enuncia las siete últimas estrofas de su paso ideológico y mítico por el mundo, y su desaparición definitiva. En segunda lectura, *el que* es el Hombre en general, cuyo advenimiento o nacimiento se reitera y promete sin cesar, cuya llegada al mundo también fue triunfal y feliz, pero cuyo paso se llena de amargura y desesperación, con la convicción de la muerte y el azaroso destino del más allá. Habiendo cumplido, y después de haberle venerado y honrado al Bien, contra las terribles fuerzas del Mal, después de haberse sentado, de haber dudado, de haberle comunicado al *Yo* su dolor intrínseco y fundamental, el Hombre está condenado a pasar: ni el Reino de Dios vino a estar entre los Hombres, ni el Reino del Hombre parece haber podido asentarse entre ellos. Y peor, todavía, a pesar de una simpatía afectiva, moral y física, nunca llega el Hombre a encajar dentro de los límites corporales del *Yo*: la identidad afirmada nunca llega a ser coincidencia total y perfecta. Cada individuo permanece en una soledad absoluta, irremediable, cualquiera que pueda ser la solidaridad afirmada y asentada de un individuo a otro. Por otra parte, el contraste infecto/perfecto que estructura la arquitectura verbal y aspectual del poema, concierne igualmente las dos lecturas propuestas. Cada una de ellas puede hacerse en infecto o en inmanencia y en perfecto o en trascendencia, sin que ello impida otras combinaciones posibles: por ejemplo el paso del Mesías por el mundo de los hombres, puede considerarse perfecto, o sea totalmente acabado y sin ninguna esperanza de volver a manifestarse, puesto que, habiendo él pasado completamente, le es imposible *venir* realmente, y menos todavía *haber venido*. En cuanto a la segunda lectura, y considerando ahora que el poema trata del hombre, podemos desdoblar la interpretación en: lectura en perfecto, trascendente, si se trata de un hombre particular, un individuo que pasó sin detenerse, y lectura en infecto, inmanente, si se trata del Hombre en general, cuyo paso se está acabando, y cuyo advenimiento se niega amargamente: la identificación de este hombre, de raíz e ideología cristiana, con el *Hombre nuevo* de las Escrituras, venido con Cristo en lugar del *Hombre viejo*, significaría juntamente la nostalgia de una pérdida y la fe en el advenimiento de un tercer tipo de hombre, que el poema implica: el hombre marxista.

En tercera lectura, *el que*, como ya dijimos, puede ser la proyección y objetivación del YO en cuanto objeto de su discurso. Otra vez, cabe aplicar las ecuaciones propuestas por la poética vallejiana. El YO se despoja de aquella parte de sí mismo (*el que*) que le asemejaba a un cristo laico, y tenía todas las propiedades del Mesías. En lectura trascendente o en perfecto, ya pasó, se sentó, dio, expresó, hizo y puso el YO/EL *que*, ahora completamente pretérito y caduco, para dejar paso a un YO que el poema no define, y otra vez podría encarnar a un *tercer desarrollo*, marxista, después de haber